

VIERNES DE LA OCTAVA DE PASCUA

Juan 21, 1-14

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

El Evangelio nos invita hoy a considerar la presencia transformadora de Jesús en nuestras vidas.

Jesús está siempre presente en nuestras vidas, incluso en los momentos de desánimo y fracaso. A menudo, como los discípulos, podemos encontrarnos luchando en nuestras propias "noches de pesca" infructuosas, buscando respuestas y soluciones a nuestros problemas sin éxito. Pero cuando permitimos que Jesús entre en nuestras vidas, Él transforma nuestras situaciones, trayendo abundancia donde antes había escasez.

Además, nos enseña sobre la importancia de la obediencia. Los discípulos optaron por confiar en la palabra de Jesús y obedecer sus instrucciones. Esta obediencia fue recompensada con una pesca milagrosa. Del mismo modo, cuando confiamos en Dios y obedecemos su voluntad, experimentamos su poder transformador en nuestras vidas.

Finalmente, en el encuentro entre Jesús y sus discípulos en la orilla del mar, nos recuerda la importancia de la comunión con Cristo. Jesús no solo está interesado en lo que podemos hacer por él, sino que quiere tener una relación personal con cada uno de nosotros.

Que la Virgen Santísima nos bendiga y nos acompañe en el camino de fortalecer nuestra fe y nuestra confianza en Jesús.